

## **EL QUINTO CENTENARIO DE AMÉRICA, UNA CONMEMORACIÓN OPORTUNA**

LUIS NAVARRO GARCÍA  
*Universidad de Sevilla*

Deseo comenzar confesando que mi propósito inicial fue el de titular esta ponencia "El Sexto Centenario de América, una conmemoración oportuna". Pensaba que de esta manera se pondría de manifiesto, desde el principio, que de ningún modo pretendo intervenir con estas palabras en la penosa polémica a la que todos hemos asistido, y en la que algunos nos hemos visto envueltos, acerca de si se debe o no celebrar, en el sentido de festejar, el Descubrimiento del Nuevo Mundo.

Por el contrario, era y es mi intención dejar constancia de que el hecho americano, independientemente del calificativo que queramos aplicarle -glorioso o nefasto- es de tal entidad que siempre merecerá ser objeto de reflexión por los historiadores, no solo los de nuestros días, sino los de las generaciones venideras. Cosa que de muy pocos otros sucesos históricos, si es que de alguno, me atrevería a afirmar. No obstante lo cual, estoy viendo pasar estas efémerides con la impresión de que, en medio de ese griterío y tal vez por su culpa, se nos ha escapado la mejor ocasión de hacer un balance sosegado y autorizado de lo que la fecha puede significar.

Remitiéndome a la conmemoración del Sexto Centenario pensé por un momento sustraerme al debate, tan falso, coyuntural y oportunista como se ha visto, acerca del genocidio y el eurocentrismo, del encuentro entre mundos y de la destrucción de paradisíacas culturas. De todo eso, y de otros tópicos para entretenimiento de gentes desocupadas, qué duda cabe, se puede hablar. Y se puede también hablar de eso con conocimiento y sensatez<sup>1</sup>. Pero no era esa mi intención. Por eso prefería tratar del Sexto Centenario, suponiendo que ya para entonces, para dentro de un siglo, la comprensión de este tema por la mayoría de las gentes, es decir, incluso por una mayoría apreciable de los políticos y los profesionales de los medios de comunicación, habrá alcanzado el nivel al que hace tiempo llegaron los expertos en historia, aunque por lo visto no hayamos sabido mostrárselo persuasivamente a nuestros contemporáneos.

Pero no tardé en darme cuenta de que un título así, alusivo al Sexto Centenario, podría parecer una errata, o bien un despropósito, y entonces me sometí al dictado del sentido común que aconsejaba entrar a valorar el momento que nos ha tocado vivir, el del Quinto Centenario, y esto con todo su cortejo popular -no científico- de mentiras, mixtificaciones, complejos y resentimientos, así como de burdas afirmaciones de gloria y orgullo, de idealismo y de abnegación. A nadie se le oculta que de todo eso hay, o puede haber, en los hechos y en la interpretación de cualquier episodio del pasado de la Humanidad. ¿Por qué, entonces, tanta atención y tanto ensañamiento en sólo el hecho americano?

Aquí está, en efecto, el primer punto a tomar en consideración, una vez resignados a tratar del Quinto Centenario: el punto de que difícilmente se hallará un episodio histórico cuya simple enunciación -el Descubrimiento de América- provoque mayor eco en cualquier auditorio o público. Correspondería a otro tipo de análisis, que no voy a intentar ahora, el determinar con alguna exactitud en qué medida esto podría deberse al simple hecho de que, aun en la más pobre síntesis de la Historia Universal, éste es un acontecimiento insoslayable, y por lo tanto hasta las personas de más bajo nivel cultural poseen esta noción, incluso con alguna referencia temporal -a lo que ayudan las versiones pictóricas del suceso- y con alguna valoración de lo ocurrido.

En realidad, este planteamiento encierra una burda tautología: si ninguna Historia Universal puede omitir el Descubrimiento de América es porque, efectivamente, éste es uno de los momentos capitales de esa Historia. Si para generaciones y generaciones de historiadores ése ha sido un suceso destacado y memorable, es porque de verdad no ha habido muchos acontecimientos, si es que ha habido alguno, comparables a éste por las consecuencias que de él se derivaron, tal y como cualquier mente sencilla y desprejuiciada pudo siempre percibirlo: la ampliación del conocimiento geográfico, el hallazgo de una porción del género humano cuya existencia ni se sospechaba, y de unas culturas de sorprendente exotismo, esto sólo en primer lugar luego, las incalculables repercusiones económicas del hecho y, tal como podemos apreciarlo quinientos años después, el desdoblamiento de Europa, el surgimiento de una Nueva Europa trasatlántica, y la potenciación casi sin límites del impacto -bueno o malo- de Occidente en el resto del mundo.

Sin duda, el clérigo Francisco López de Gómara, ilustrado humanista que en Castilleja de la Cuesta se subía, metafóricamente hablando, a los sólidos hombros de Hernán Cortés para otear el pasado y el futuro, tuvo una percepción y una premonición de excepcional agudeza cuando comparó el Descubrimiento nada menos que con la Creación.<sup>2</sup> Y Gómara, digámoslo castizamente, no pudo saber ni la mitad de lo que sabemos nosotros.

Pero puesto que de él partió la primera ponderación apreciativa, parémonos un minuto a considerarla. ¿En qué se basó esa valoración tan celebrada? Por lo que sabemos, en la contemplación lineal del proceso que va de la primera navegación colombina a las grandes conquistas continentales. El juicio tan encomiástico del capellán de Cortés no tomaba para nada en consideración más que las hazañas de los descubridores y conquistadores y la grandeza de los imperios sometidos, los países anexionados y el botín obtenido. No hay en Gómara aprecio de la mortandad de los nativos, menos aún del auge de la esclavitud negra en América y del consiguiente efecto negativo que ello produciría en África. Su visión, que podría ser incluso calificada de ingenua, ni siquiera podía anticipar lo que sería el ingente caudal de metales preciosos que durante los dos siglos y medio siguientes el Nuevo Mundo volcaría en el Viejo, no sabemos bien si para la defensa de la ortodoxia católica, o para la expansión del capitalismo si para el desarrollo de formas culturales más elevadas, o para la cimentación de poderes temporales cada vez más absolutos. Gómara no pudo adivinar si el Descubrimiento serviría para que un nuevo espíritu de libertad arraigara en las tierras recién descubiertas, o para que ese mismo espíritu desencadenara uno de los episodios más trágicos y cruentos de la Historia.

Por cierto: me he referido hasta ahora, comentando a nuestro cronista, a los tres siglos que siguen al primer viaje de Colón. ¿Podría López de Gómara haber adivinado el destino poco o nada feliz que aguardaba a la Nueva España de Cortés y la Nueva Castilla de Pizarro después de 1800? ¿Podría haber imaginado la gran potencia que había de surgir en las poco prometedoras tierras situadas al norte de México, ni menos aún que allí se asentaría un poder hegemónico sobre todas las naciones cristianas que él conoció, y otras muchas que ni serían cristianas, ni él las conoció?

Todo lo dicho en los párrafos anteriores tiene como objeto mostrar la conveniencia de restringir el alcance de cualquier frase ponderativa sobre el Descubrimiento a los términos más prudentes y modestos que sea posible. Y de paso, pero no por casualidad, subrayar el demasiado incierto valor que el uso habitual de los tópicos ha atribuido al hecho del Descubrimiento.

Parece llegado el momento de llamar de nuevo la atención sobre el título de esta ponencia. No se dice allí el Quinto Centenario de ningún descubrimiento, sino de América. Con esta advertencia quisiera centrar definitivamente mi intervención.

El hecho denominado con mayúscula Descubrimiento, aquí no hace falta decirlo, ni menos demostrarlo, sólo constituyó el hallazgo de algunas islas más -pobladas, eso sí- en el Atlántico que venían explorando portugueses y castellanos. Si todo hubiera quedado en eso, ¿estaríamos hoy aquí conmemorándolo? Mayor trascendencia tuvo, y de inmediato, en todos los órdenes, el descubri-

miento del Cabo de Buena Esperanza (o de las Tormentas) y de la ruta marítima directa a la India, y no parece que haya dado lugar ni a fastuosas celebraciones, ni a enconadas polémicas. Sin duda basta este elemental paralelo para comprender la diferencia entre Descubrimiento (con mayúscula) y descubrimiento (con minúscula). Cada paso dado en la exploración del globo terráqueo, cada isla cartografiada, cada accidente orográfico registrado, ha sido una conquista de la ciencia, lograda a veces a muy alto precio. Pero muy pocos de esos hallazgos han tenido una repercusión importante en la vida de la Humanidad. Y ninguno, nos atrevemos a decir, como el del tropiezo con el Nuevo Mundo.

Salta a la vista, por tanto, que la diferencia entre éste y otros hallazgos no reside en la magnitud de las tierras descubiertas personalmente por Colón te a las exploradas por sus contemporáneos lusitanos, por seguir esta comparación. Menos aún en la condición de "inesperadas" de aquellas tierras, que por sí solas poco hubieran afectado a la vida del Viejo Mundo, aparte de quedar representadas en sus cartas geográficas o mapamundis.

La excepcional importancia del Descubrimiento de 1492 deriva, por el contrario, de algo que ni Colón ni sus coetáneos adivinaron, y que Gómara, según antes decía, pudo sólo en parte barruntar: que el contacto con las tierras y las culturas halladas en las décadas siguientes a 1492, así como la explotación de las riquezas manifiestas y de las posteriormente encontradas a lo largo de los siglos, supondrían para el Viejo Mundo una oportunidad sin igual para su desarrollo. En particular, para la Europa occidental, la ocasión, sin paralelo en la Historia, de expansionarse y fortalecerse mediante su reproducción al otro lado del Océano.

Este parece haber sido hasta ahora el papel fundamental de América en los destinos de la Humanidad, y es algo que nadie hubiera imaginado en 1492 algo que tal vez sólo se empezó a sospechar unos trescientos años después, al cabo de un lento proceso de asimilación, y que sólo ha cobrado plena evidencia cuando la misma América ha ocupado el primer plano del protagonismo histórico, ya en el siglo XX y gracias a la autodestrucción de Europa al cabo de dos guerras llamadas mundiales.

En los párrafos que anteceden queda ya esbozada, inevitablemente, la dirección básica que a nuestro juicio podría tomar una legítima conmemoración de América. Legítima aunque tomara como ocasión o pretexto el Quinto Centenario del Primer Viaje colombino, fecha fundamentalmente simbólica, cuya exaltación romántica ha contribuido por desgracia a desorientar acerca de la verdadera trascendencia del hecho, y a suscitar, por eso mismo, absurdos e inadmisibles debates acerca de si fue un hecho positivo o negativo, acerca de quién encontró a quién, o acerca del daño sufrido por las poblaciones aborígenes. Cuestiones todas estas merecedoras de serio análisis, pero que no afectan

salvo tangencialmente al hecho capital de América, lo que hace que América sea América: su integración, hoy podríamos asegurar que plena, en el Mundo Occidental, o , si se quiere, en la Cristiandad. Algo que precisamente no se puede afirmar de otras partes del Viejo Mundo, tales como África y Asia.

Y por esto, además de legítima, como antes decíamos, sostenemos que la conmemoración de América es oportuna. (Insistimos: conmemoración no del Descubrimiento, por más que éste sea, tomado aisladamente, un hecho simpático y hasta conmovedor para muchos, sino de América con ocasión de su Quinto Centenario). Porque siendo probablemente América -su aparición y su creciente influencia en los destinos de la Humanidad- el hecho de mayor ce en la transformación del Mundo moderno, y siendo en particular Europa la civilización más directa y profundamente implicada en el hecho y la más afectada y, si cabe decirlo, beneficiada por él, buena y oportuna será toda la atención que se ponga en conocer cada vez mejor lo ocurrido en estos quinientos años, las líneas maestras de ese proceso, y el carácter de las consecuencias que de él se vienen derivando -e incluso, si fuera posible, del curso que en el futuro puede seguir.

Aceptado, por otra parte, que América debe ser objeto de estudio y reflexión por los europeos y, naturalmente, americanos, ello no quita el que lo sea también para el resto de la Humanidad, puesto que todos los pueblos y países han sido afectados, para bien o para mal, en mayor o menor medida, por el surgimiento y desarrollo de América y por el crecimiento de Occidente. Pero aquí, una vez más, se trata de conmemoración, no de celebración, ni de condenación. Conmemorar para comprender y aprender <sup>3</sup>.

En este sentido, buena y oportuna será toda reflexión, mejor aún, meditación que se haga acerca del porqué del desarrollo y del destino final de las civilizaciones americanas prehistóricas, algo que ciertamente escapó y escapa de la voluntad de todos los europeos pasados y presentes, pero que el Mundo Occidental tiene necesidad de llegar a comprender y valorar, así como tiene la obligación de promover a los actuales descendientes de aquellas culturas a mejores condiciones de existencia.

Como será oportuna toda indagación acerca de por qué fue en 1492 y desde Europa -concretamente, claro está, desde España- como se descubrió la existencia de tierras relativamente próximas al otro lado del Atlántico. Porque las coordenadas cronológicas y espaciales del suceso marcarían de forma acusadísima -podría decirse que troquelaron- la principal empresa colonizadora acometida a continuación sobre esas tierras y el inmenso país que yacía tras ellas.

Oportuno será volver una y otra vez a considerar el hecho de que la "antipación" de España en América y su dominio firmemente establecido sobre aquellos territorios durante tres siglos largos -a despecho de todas las crisis

sufridas por la metrópoli, y de todas las agresiones de sus rivales de entonces sirvió para dejar una huella que parece imborrable y que hoy permite dividir a todo el Mundo occidental en dos grandes principales porciones, de personalidad bien diferenciada: la anglófona y la hispanohablante. Hecho sobre cuya proyección futura cabe hacer cálculos, pero cuya trascendencia actual es visible en los mismos movimientos de aproximación entre todas las naciones hispánicas, de los que somos testigos en estos días. Movimientos panhispánicos o panibéricos que, como a nadie se le oculta, no constituyen una conmemoración de América tal como aquí la proponemos. Conmemoración que debería abarcar a

toda América y, de ser posible, a toda Europa <sup>4</sup>

No estará fuera de lugar, por otra parte, reconocer que, así como España se anticipó a otras potencias europeas en la expansión trasatlántica, el conjunto de los países europeos se anticipó a participar en la colonización del Nuevo Mundo hasta excluir, sin haberlo realmente pretendido, la presencia de otras hipotéticas colonizaciones no europeas, aunque se requiriese la contribución de gentes africanas y, en mucho menor medida, asiáticas, siempre como subordinados dentro de los planes colonizadores. De este hecho capital, el del poblamiento europeo bajo patrones culturales y políticos también europeos, se derivaría la fundamental homogeneidad cultural de América, verdadera criatura de Europa, por más que no se oculten las variantes derivadas tanto de la supervivencia de elementos procedentes de las culturas prehistóricas, como de las distintas modalidades de la colonización. Pero en su conjunto, los siglos formativos de América -fase que, por cierto, aún no sabemos si ya ha concluído- han presenciado la más gigantesca migración, vale decir, inversión en hombres, de toda la Historia, y con ello, la más importante transferencia cultural -trasplante, en unos casos injerto, en otros, según escribió Julián Marias- de todos los tiempos. Lo que, si en conjunto puede parecer positivo y hasta brillante, no nos hará olvidar el impacto negativo que tuvo, por ejemplo, para las poblaciones y culturas del África negra.

No menos oportuno e interesante será preguntarse insistentemente sobre el porqué de las luchas en las que la mayoría de los actuales países americanos lograron su independencia. Luchas que pueden tener una común finalidad emancipadora, pero que realmente responden a motivaciones y situaciones históricas muy diversas, lo que daría lugar a una progresiva acentuación de las diferencias entre "las dos Américas" hoy claramente perceptibles, así como entre las distintas regiones del amplísimo territorio antes colonizado por España.

Un motivo, en fin, de intensas reflexiones debería ser el de por qué la América Ibérica, al igual que sus antiguas metrópolis, ha encontrado tan difícilmente el camino para su transformación y modernización, acumulando un considerable retraso en relación con los países más adelantados de su misma área cultural.

Hecho que en la práctica se ha traducido en el relegamiento de este Mundo Ibérico a posiciones de subordinación respecto de los centros de poder -hoy no exclusivamente occidentales- que actualmente rigen la marcha de todas las naciones del Globo <sup>5</sup>.

He aquí, sencillamente enunciados, media docena de temas que pueden ser tomados como puntos de partida de las más serias reflexiones, puestas al servicio de la mejor comprensión de nuestro mundo y de la orientación de cualquier posible actuación futura. Cada uno de esos temas es susceptible de ser desglosado en infinidad de preguntas y temas más concretos, pero no menos importantes, a través de los cuales se podría profundizar en la realidad histórica de América y, por tanto, en lo que América es para nosotros.

Como europeos, y más aún como españoles -que es tanto como ser europeos por elección y por vocación profundamente sentida, tal como lo prueba el hecho sin paralelo de nuestros ocho siglos de Reconquista medieval-, América es para nosotros una referencia de magnitud excepcional, un dato insoslayable para entendernos a nosotros mismos y para entender nuestra posición actual en el Mundo. Tanto más, si nuestra vinculación con América es criticada, denunciada, o vituperada. Pero sobre todo no podemos negar a América porque América es la gran creación de Europa, y porque construyendo a América, Europa se hizo a sí misma y conquistó la posición que ha venido a ocupar, ahora hermanada con sus antiguas colonias, en el Mundo contemporáneo. En cambio, séame permitido concluir esta sencilla invitación a la conmemoración, o a la reflexión, con una obligada, inevitable, alusión al futuro, desde el pasado y el presente. Nosotros, españoles, europeos, conquistamos y colonizamos América. Nada importa que hoy hubiésemos preferido que tal acción no hubiera tenido lugar, o que se hubiera realizado sin violencia, porque el pasado no vuelve. Tan fuera de lugar, por tanto, estaría un triunfalismo infantil como un complejo de culpa. Lo que debe importar, en cambio, es conquistar el futuro, y para eso debe servir la Historia.

Si la conmemoración de América, la reflexión sobre América, puede dar verdadero fruto, éste será el de contribuir a hacernos más civilizados, más humanos. Tal como, arrancando de la misma experiencia directa de América, lo propuso nuestro paisano Fray Bartolomé de las Casas: más enemigos de toda violencia, más inclinados a la comprensión y a la fraternidad. Hoy la Paz, el Bienestar y el Desarrollo del Espíritu son el Nuevo Mundo, el futuro por ganar para todos los hombres, tanto dentro como fuera de Occidente, y esa es, por tanto, la más grave responsabilidad de Occidente. 1992 es una frontera como lo fue 1492, y tenemos ante nosotros, como los marineros de hace quinientos años, unas tareas que cumplir, unas esperanzas que realizar, unos peligros que evitar.

Ojalá nuestros pies estén ya en el camino recto.

### NOTAS

1. Por dar una sola referencia que condensa toda una serie de tomas de posición acerca del centenario, *vid.* COVO, Jacqueline: "¿Descubrimiento o encuentro? La polémica sobre el V Centenario de 1492 en el *El País*", en AHILA: *IX Congreso Internacional de Historia de América* (Sevilla, 1992, 3 vols.), III, págs. 269-282, trabajo que incluye como Apéndice un artículo de Nicolás Sánchez-Albornoz sobre "Colón y el descubrimiento" en el que este hecho, con el afán de dar una versión neutra, libre de valoraciones e interpretaciones, es deformado hasta describirlo diciendo que "tres carabelas castellanas que navegaban hacia el oeste dieron con unas islas, y sus tripulantes confraternizaron en tierra con quienes contemplaban su arribo".

2. La *Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias* de Gómara se publicó por primera vez en Zaragoza 1552. En 1977, el Centro de Estudios Históricos de México Condumex hizo una reedición facsimilar de un ejemplar de la *princeps*, ejemplar que sin duda fue manejado en aquellas fechas por algún alto personaje del gobierno castellano. Este lector, al margen de la célebre frase del cronista —"la mayor cosa después de la criación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crio, es el descubrimiento de Indias, y así las llaman mundo nuevo"— escribió escuetamente: "parece escandalosa sentencia".

3. Están, por tanto, fuera de lugar, desde esta perspectiva, las preguntas —planteadas en distintos foros internacionales y por ciertos intelectuales— acerca de si se espera que los actuales indios americanos, o los pueblos del Tercer Mundo, celebren una fecha que para ellos será alusiva a su derrota, o al comienzo del colonialismo o del imperialismo. Aspectos que podrán ser estimados negativamente, y que, por otra parte, no pueden ser disociados del hecho, entendido como positivo, de la construcción de América. Por esta razón algunos han dicho que la Conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento podría ser "inoportuna".

4. La conmemoración, en efecto, como tarea intelectual que es, se mueve en un plano distinto del de las iniciativas políticas tales como la formación de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, y más aún del patrocinio por España de la Exposición Universal y de la Olimpiada. Estos acontecimientos de ningún modo equivalen a una conmemoración —aunque tengan lugar en 1992—, y en todo caso serían una celebración no crítica del hecho americano, que en realidad se ha tratado de silenciar. Por otra parte, el comprensible énfasis puesto en la unión de "Nuestra América", no debe llevar al olvido de que América es siempre toda América, y que actualmente es en la América anglófona donde se plasman algunos de los más importantes y significativos logros de Occidente, debiendo ser el desarrollo de Occidente la perspectiva central de toda interpretación y valoración de lo americano, puesto que es desde esta perspectiva desde la que América se hace más plenamente inteligible. Esto no quita validez a cualquier otro enfoque parcial, regional, étnico, etc.

5. Relacionado con este enfoque está el de quienes problematizan con énfasis el tema de la identidad del mundo iberoamericano, y de paso el de su incómoda relación con los Estados Unidos. Así por ejemplo: "Una sola gran región al uno y otro lado del Atlántico desde ese 1492 obligada a definirse para poder participar, al lado de otras naciones y culturas, en la hechura de la historia en otra relación que no sea ya la de eco y sombra de ajenos mundos de que hablaba Hegel. Una sola gran región hispano, ibero o latinoamericana en la que se plantee como problema central el de su identidad". ZEA, Leopoldo: "12 de octubre de 1492. ¿Descubrimiento o encubrimiento?", en Zea, L. (coord.): *El Descubrimiento de América y su sentido actual*, México, 1989, págs. 193-204. pág. 203.